
Sección Bibliográfica

¿MÁS ALLÁ DE LA CLASE DIRIGENTE?*

De los trabajos conocidos sobre el tema de las minorías selectas es difícil que alguno escape a un ostensible o disimulado determinismo: el reconocimiento factual o el punto de partida ideológico en virtud del cual *toda* sociedad está dividida en dos sectores —cualquiera que sea su denominación— asimétricos, que forman una minoría dirigente y una mayoría dirigida. En algunos enfoques simplistas se carga aún más la tendencia y se establece —recurso metodológico— que toda sociedad debe ser dividida de ese modo.

La presencia de una minoría diferenciable por diversos determinantes de rango es sin duda la constante en tales trabajos; pero ellos se separan inmediatamente después al tratar de establecer las razones o rasgos que justifican la superioridad de tal minoría selecta. Es bien conocida la manera cómo los clásicos de estos estudios, Pareto y Mosca, resolvieron el problema por la vía de hacer casi sinónimos la noción de élite con la de minoría política; este tipo de

minoría selecta, políticamente dominante, sería un elemento constante de toda sociedad. Es decir, habría una identificación creciente entre élite y lo que Mills llama la élite del poder. En el extremo opuesto, especialmente en la utilización operacional del concepto, habrían tantas élites como determinantes sociales e instituciones hubiesen en una sociedad, ya que cada organización o institución según el caso, tiene en la cúspide un grupo selecto que las dirige; habría así una élite política pero junto a ella, una religiosa, económica, militar, y hasta sindical. Este criterio posicional simplemente corresponde a una visión estática y formal de la sociedad y no merece ninguna otra referencia.

El trabajo de Suzanne Keller constituye un esfuerzo teórico que retoma el problema en sus dimensiones clásicas y que recorre, paso a paso, los anteriores usos del concepto para examinar con ojo atento las ventajas de su utilización en la sociedad contemporánea. Más exactamente, en la sociedad sobredesarrollada o postindustrial, en donde las clases y la naturaleza de sus relaciones se han modificado tanto que resulta necesario la reconceptualización de tales fenómenos para alcanzar nuevas posibilidades explicativas. Aunque no debe olvidarse que la utilización del concepto

* Suzanne Keller, "Más allá de la clase dirigente", Ed. Tecnos, Madrid, 1971.

élite-masa corresponde a una específica tradición en el análisis social, Keller lo cree útil para aclarar las características más importantes de las relaciones sociales en la sociedad moderna y supone —apoyada en Mannheim— que existe una tendencia a la proliferación de las élites.

El punto de partida se plantea como la necesidad de distinguir entre los diferentes tipos de élites, definidas en sus contenidos sociales y psicológicos, y aquellas que son importantes para la sociedad en su conjunto. En otras palabras, hay élites que son más que otras: hay unas que ejercen un impacto social general y continuado, especialmente aquellas cuyos juicios, decisiones y actos tienen consecuencias importantes y específicas para la generalidad. Ésta son las élites *estratégicas* que deben ser distinguidas de las élites *sectoriales*.

Los dirigentes políticos, militares, religiosos, científicos o económicos realizan funciones específicas a partir de su sector de actividad; las *élites estratégicas*, tal como lo plantea Keller, dependerían menos de tales actividades cuanto del fin de las mismas y del número de miembros de la sociedad sobre los cuales ejercen sus decisiones.

El eje teórico del libro *Más allá de la clase dirigente* es explícito: el destino de las sociedades industriales depende de los actos y de las ideas de sus élites estratégicas, élites en plural, pues la diferenciación y complejización de la sociedad postindustrial las ha llevado a multiplicarse en una dirección funcional, a especificar sus papeles sociales, a fin de poder dominar los principios del crecimiento y la expansión. Pero tal supuesto teórico no alcanza a disimular el eje ideológico que lo sustenta y que de tal suerte resulta inevitablemente el trasfondo común de este tipo de explicaciones; tal es la creencia compartida de que la sociedad industrial desarrollada en la medida de su inobjetable comple-

jididad social “disuelve” o elimina una clase dominante única, que se fragmenta por decirlo gráficamente en un rosario de pequeños grupos, cuyos intereses a veces opuestos garantizan o facilitan la democracia pluralista. En lugar de un grupo dirigente, cerrado, de saber oligárquico, un conjunto de poderosas élites que se contrapesan entre sí, para asegurar el funcionamiento de la democracia política de naturaleza pluralista y liberal. Este pluralismo elitario evita los excesos del poder autocrático, asegura la multirrepresentación de intereses y, sobre todo, se especializa en la cuidadosa ejecución de claras finalidades mantenedoras del sistema, cuyo constante mejoramiento aseguran por sí mismas.

Debe señalarse, sin embargo, que existe en el trabajo que se comenta un esfuerzo por presentar los antecedentes históricos y las razones teóricas que explican el tránsito hacia la constitución estratégica de las élites actuales. El origen de éstas es sin duda la clase dirigente del pasado; es decir, hay una relación histórico-generatriz entre la clase dirigente y la élite estratégica. Veamos, sin embargo, cuáles son los mecanismos causales y explicativos de este tránsito *sui generis*.

El fundamento teórico de tal explicación es una larga pero superficial refutación a la teoría marxista; pero más exactamente, de Marx y Engels y de sus trabajos, incompletos y aparentemente contradictorios en opinión de la autora. En efecto, parece como si dos inteligencias, alternativamente, fueran las que a su juicio trataran a la burguesía, ya como una clase gobernante todopoderosa o como uno de los diversos grupos poderosos que la conforman. En su época —concede Keller— esa confusión era explicable, ya que la burguesía mientras continuaba su acción de tipo económico, intentaba al mismo tiempo ejercer su primacía en otras esferas; es decir, de manera comprensible Marx y Engels no distinguieron entre la élite empresarial,

en ascenso y un grueso estrato de capitalistas, "posiblemente debido a que semejante élite estaba sólo en sus comienzos". Si hubiesen vivido cincuenta años más (*sic*) habrían advertido que estaba surgiendo una élite muy poderosa y pequeña, que al conformarse como tal se transforma: cesa de acumular riqueza en beneficio propio, "viéndose obligada a asumir amplias responsabilidades sociales y transformando, por consiguiente, su papel social y su estructura pública, así como su estilo de vida".

Hay en esta explicación, presentada muy apretadamente por necesidades del comentario mismo, un trasfondo ideológico al que no habremos de referirnos a fin de dejar al lector interesado en libertad de sacar sus personales conclusiones. Habremos de mencionar, sin embargo, la influencia mannheimiana por un lado y schumpeteriana, por el otro. Del primero, acepta la idea, asaz discutible, de que la clase gobernante se define como la que tiene el control y la propiedad de la industria y en cuya virtud se vuelve dominante, aunque como tal *cumpla una función social y no necesariamente explotadora*; del segundo, la sugerencia que nuestra autora extre-

ma, en el sentido de que la burguesía como clase gobernante, sólo corresponde a un momento de transición en una sociedad afectada por cambios sociales rápidos y profundos; es decir, en los primeros momentos del capitalismo era funcional la presencia de una clase en cuanto dominación total, genérica y propia de un proceso de consolidación. Consumado éste, la élite especializada, estratégica, la sustituye plenamente. El imperativo histórico se realiza; el destino final se cumple en la sociedad sobredesarrollada, donde proliferan las élites estratégicas, funcionalmente divididas.

Con afán polémico asegura que en la sociedad industrial avanzada el concepto de clase gobernante (dirigente) no sirve para expresar con propiedad el carácter del grupo social más importante. La naturaleza de la sociedad moderna convierte en imposible la existencia de tal clase dirigente, la que fraccionada por claras necesidades internas en varios grupos concentrados, cuya competencia y especialidad son crecientes, forman las diversas élites estratégicas del mundo industrial contemporáneo. El siguiente cuadro comparativo (página 63) resume las diferencias entre ambas:

<i>Criterio comparativo</i>	<i>Clase dirigente</i>	<i>Élites estratégicas</i>
Número	Una	Varias
Volumen	Extensa	Pequeña, concentrada
Duración	Larga vida	Corta,
Formas de entrar	Nacimiento y riqueza	Capacidad, experiencia
Formas de salir	Pérdida de riqueza	Incompetencia
Esquema de autoridad	Difusa y extensa	Especial y limitada
Límites culturales	Entrenamiento, duración	No se especifican
Accesibilidad	Relativamente cerrada	Relativamente abierta

Desafortunadamente, el cuadro que ella misma nos presenta no es completo; faltó una característica que reiteradamente expuesta a lo ancho del texto se vuelve sospechosa: Susan Keller subraya que las élites estratégicas, a diferencia de la clase dirigente, actúan porque

su destino mismo depende de tal actividad, lo cual la autoriza para concluir que los ejecutivos de una corporación trabajan más intensamente que los trabajadores de la fábrica y que el ocio se va convirtiendo en una prerrogativa, cada vez más lograda, de la clase traba-

jadora (62/63, 195/196, etcétera). ¿Es esto apenas un nuevo intento, cándidamente expuesto, por refutar la teoría de la clase ociosa de Veblen? ¿O constituye, por el contrario, una constatación empírica de una de esas paradojas de la historia en virtud de la cual, sin revolución social, el ocio pasa a ser señal de distinción del mundo obrero y el trabajo el timbre de orgullo del ejecutivo burgués?

Pero una constatación falsa, un desliz ideológico o meras simpatías en cierta y definida dirección política, por sí mismas, no invalidan la decidida seriedad con que la Keller asume su tarea intelectual. El libro es sin duda el esfuerzo más serio de la literatura sobre élites en general, vertido al castellano en los últimos diez años; a lo largo de más de trescientas páginas trata con imaginación erudita —y no al revés— la determinación de la anatomía de las élites estratégicas, es decir, cuántas de ellas existen, cómo y porqué han surgido; en seguida, establece la función de tales élites, a través del conocimiento de cuáles son sus responsabilidades sociales; posteriormente se pregunta quiénes pueden tener acceso a ellas, y qué recompensas y obligaciones les esperan, y finalmente desarrolla el tema de la supervivencia de las élites, donde se pesquiza cómo, porqué y quiénes de las élites estratégicas sobreviven o se liquidan en la dinámica irracional de la sociedad postindustrial.

Es interesante señalar el medio social en que estas interpretaciones han proliferado. Estados Unidos reclama con derecho ser la patria de la mayor parte de estudios sobre élites y minorías privilegiadas, justamente porque es la sociedad más rica de la tierra y donde la concentración de la misma es proporcionalmente mayor; la diversidad de intereses y generalmente la fiera oposición de los mismos, en los altos niveles de los negocios, la política y la cultura pro-

ducen el fenómeno aparente de la autonomización del privilegio en grupos sociales que son como depositarios de los mismos en la medida en que el interés privado se confunde con el interés nacional. A ello se agrega la aparente movilidad vertical que fluye y vigoriza con su circulación incontenible todos los meandros de la estructura social. Si tales fenómenos, repetimos, aparentes, son finalmente analizados con ayuda de un instrumental funcionalista, los resultados teóricos son congruentes. Nada de conflictos desestabilizadores, producto del enfrentamiento de clases irreconciliables, sino diálogo conflictual entre grupos elitarios cuyos intereses personales son cada vez más intereses públicos. Es decir, resultados teóricos lógicos pero falsos, congruentes pero inverificables, válidos pero inexactos.

Hasta el propio Wrigth Mills, que osciló irremediamente entre Weber y Marx se comprometió en su excelente libro *La élite del poder* en una visión elitista de la clase superior norteamericana; los miembros de las tres élites —negocios, política y militares— tienen factores sociales básicos que permiten identificarlos con la clase superior de la sociedad. Vale la pena mencionar que la solución de Mills no nos parece acertada sino solamente en su primer momento, aquel en que con toda razón se enfrenta a problemas teóricos que no pueden ser resueltos por un marxismo deformado y dogmático. La naturaleza de las élites políticas en la sociedad capitalista fueron ignoradas persistentemente mientras perduró una visión talmúdica del marxismo. Hoy día, trabajos como los de Miliband y Poulantzas ayudan a comprender teóricamente los problemas que se derivan de procesos contradictorios como concentración de la riqueza y el poder y fragmentación interna de los grupos dominantes.

La estructura teórica general del trabajo de Suzanne Keller casi ha quedado

sugerida en el transcurso de este comentario. Trata de superar lo que ella llama la frecuente e inhibidora identificación de las élites con la concepción marxista de la clase dirigente; el desarrollo del sistema capitalista ha determinado en su estructura política la disolución paulatina de una clase superior gobernante y la creación de una múltiple especialización funcional, por la que distintos grupos móviles que constituyen élites con una autonomía cada vez mayor. Es decir, hay aquí una teoría de la estructura política, una cierta concepción del poder, y un aporte discutible a la ciencia del Estado capitalista contemporáneo.

Edelberto Torres Rivas

Juan Mestre. *Guatemala: subdesarrollo y violencia*, Editorial IEPAL, Madrid. 1969, 225 pp.

El libro *Guatemala: subdesarrollo y violencia*, es una estampa más del cuadro de terror que vive la nación guatemalteca. Estudia el periodo posterior al movimiento revolucionario de 1944 en que empieza la experiencia democrática que iba a culminar con el gobierno revolucionario de Jacobo Arbenz. Pero enfoca, en forma particular, la evolución sociopolítica del país durante el periodo reciente, caracterizado por la insurgencia popular y el desencadenamiento del terror fascista.

Por ello sintetiza los fundamentos de una independencia hipotética, que dejó casi intacto el molde colonial, tanto en lo que se refiere a la composición social, como al carácter de la vinculación que se estableció entre Guatemala y el nuevo centro hegemónico. Así los grupos sociales evolucionados —utilizando el autor un concepto confuso prestado de Jacques Lambert—, es decir los ladinos, desde aquéllos de la clase media alta urbana, hasta el lumpen, siguen representando una sociedad diferenciada de

la masa de la población indígena. Y la dominación externa, ejercida por Inglaterra en un primer momento, se trasladada hacia Estados Unidos, llegado en la etapa imperialista de su desarrollo.

Procede luego el autor a analizar los grupos de presión (militares, estudiantes, obreros), incluyendo en esa calificación a los norteamericanos, como si el imperialismo fuera un grupo de presión más y no una fuerza de decisión externa moldeadora de la conformación global de la sociedad dependiente guatemalteca.

La definición de la situación económico-social enfatiza los males estructurales de esa sociedad, lo arcaico de su organización económica y social, el predominio del latifundismo, la mala distribución del ingreso y la dominación extranjera sobre los recursos del país. Deriva de este análisis, un cuadro espeluznante de miseria, degradación humana, que se expresan por aquellos índices de subdesarrollo que resultan fríos, cuando son manejados por los organismos internacionales, pero que constituyen para un pueblo, asomado ayer a la puerta de su liberación, poderosos estimulantes de inconformidad, y violencia populares contra la oligarquía criolla y el imperialismo. A partir de ello las contradicciones de clase de la sociedad guatemalteca se han exasperado: por una parte, el pueblo y sus vanguardias revolucionarias que se han levantado al son de la guerrilla urbana y rural; por otra, los sectores más reaccionarios y miopes de las clases dominantes con la ayuda de los Estados Unidos, recurriendo hasta el genocidio para mantener sus privilegios... Y la escalada de la violencia crece en espiral en una trayectoria todavía adversa para la nación guatemalteca.

El libro de Mestre contribuye a dar a conocer lo dramático de la situación de esa nación Latinoamericana identificándose con los anhelos al cambio social